

se, si les fuera dado, de la administración pública y en ser nombrados para los Cuerpos legislativos. Por tanto, es menester que los católicos eviten con todo cuidado tal peligro, y así, dejados a un lado los intereses de partido, trabajen con denuedo por la incolumidad de la Religión y de la Patria, procurando con empeño, sobre todo, esto, a saber: que tanto a las asambleas administrativas como a las políticas o del reino vayan aquellos que, consideradas las condiciones de cada elección y las circunstancias de los tiempos y de los lugares, según rectamente se resuelve en los artículos de la citada revista (*Razón y Fe*), parezca que han de mirar mejor por los intereses de la Religión y de la Patria en ejercicio de su cargo público.

Debemos tener en cuenta que «los buenos Gobiernos no pueden nacer si no hay un pueblo bien preparado que los aliente», como ha dicho León XIII.

LA RELIGIÓN, ANTE TODO

Atended en primer lugar para dar vuestro sufragio a la condición de católico del candidato. Relegad a segundo término toda otra consideración de partido, de escuela, de relaciones personales. El gran mal de nuestros tiempos estriba en el ateísmo de los Estados, en la indiferencia y en la neutralidad que preparan los caminos a dicho ateísmo cuando no son la profesión vergonzante del mismo. Por eso, en pastoral colectiva de los prelados de esta provincia eclesiástica se os prevenía concretamente contra dicha neutralidad, considerándola como el mayor mal que padecemos.

Es deber nuestro, y por penoso que nos sea y a trueque de todo, debemos insistir sobre este punto. Aunque con acto especial de presencia de Dios y con la máxima elevación de miras insistimos sobre esta materia, no queremos, para alejar toda sospecha de apasionamiento o parcialidad, hablar por nuestra cuenta. Hablen por nos supremas autoridades.

Dice nuestro amadísimo Pontífice Benedicto XV:

«Como la corrupción precipitó un día ciudades célebres en un mar de fuego, así en nuestros días la impiedad de la vida pública, el ateísmo erigido en sistema de pretendida civilización, han precipitado al mundo en un mar de sangre.»

El cardenal Mercier declara a este propósito:

«En nombre del Evangelio, a la luz de las Encíclicas de los cuatro últimos Papas: Gregorio XVI, Pío IX, León XIII y Pío X, no dudo en declarar que esa indiferencia religiosa que pone a igual nivel la religión de origen divino y las religiones de invención humana, para envolverlas todas en el mismo escepticismo, es la blasfemia que, más aún que las faltas de los individuos y de las familias, atrae sobre la sociedad el castigo de Dios.»

Y el cardenal van Rossum, en carta dirigida al reverendo padre Phidippe, fundador de la Liga Apostólica, decía no hace mucho:

Desgraciadamente, la mayor parte de las naciones han adoptado por principio el excluir a Dios del régimen social. Se hace esto bajo el espejoso pretexto de la tolerancia y de la libertad de pensamiento. Y los católicos, sea por ignorancia, producto nefasto de periódicos malos o sin color; sea por miedo a los malvados, sea como consecuencia de divisiones, sea por una abstención inoportuna de toda política, sea por un vano y exagerado patriotismo, han dejado hacer. Mientras tanto sufren las consecuencias funestas de su culpable negligencia.

Es más que tiempo de iniciar una fuerte reacción. Y esto mayormente cuando existen entre los católicos tendencias peligrosas. No solamente no van, como debieran hacerlo, hasta exigir el deber entero de las sociedades para con nuestro Señor Jesucristo y la Santa Iglesia, sino que se muestran muy satisfechos cuando el nombre de Dios aparece una que otra vez en los actos oficiales. Los hay (y se dicen católicos) que ponen su nacionalidad por encima de todo, esto es la tierra por encima del cielo, el cuerpo por encima del alma, lo material por encima de lo espiritual. Estos titulados católicos quieren eliminar toda disputa interior a fin de que todos los esfuerzos de la nación sean dirigidos contra los enemigos exteriores; pero olvidan que el único medio de obtener un resultado duradero en este punto, esto es, el orden que da la paz, es el triunfo universal de los principios católicos, y para ello la lucha contra los principios opuestos, mientras que por el contrario, el sacrificio de estos mismos principios católicos lleva consigo una división más grande, más fuerte y más incurable; división que puede ser ahogada por el momento, pero que estará poco después con tanta mayor fuerza cuanto que haya sido más oprimida. La conducta de estos católicos es condenable; causan un perjuicio muy grande a la causa católica y a la Santa Iglesia.»

TAMBIÉN ENTRE NOSOTROS

se sobrepone el espíritu patriótico al espíritu religioso. Con pena leemos en publicaciones de cuyo catolicismo no queremos dudar, afirmaciones como la siguiente:

«Avui, a les terres d'Espanya, per una sèrie de circumstàncies notòries, no cal pensar en una revifalla de l'esperit religiós. No cal pensar sino en una revifalla de l'esperit patriòtic.»

Peró aquest esperit patriòtic no es sentit avui sinó mitjançant els nacionalismes locals. I es per aixó que el nacionalisme, si no constitueix una panacea per als conflictes socials, proporciona una condició previa per a resoldre'ls: la identificació de tots els estaments i tots els individus en un ideal col·lectiu.»